

... desde la familia



Estamos convencidos: somos uno de tantos matrimonios que, día a día, luchan por tratar de hacer las cosas lo mejor posible con el fin de lograr ver a Jesús y hacerlo ver a quienes están a nuestro alrededor. Vivimos sin nada fuera de lo común, haciendo que lo cotidiano sea realmente lo extraordinario, intentando que los nuestros quieran a Jesús, se comprometan con Él, sean dignos hijos de Dios...

Vivimos en una ciudad del sur, Córdoba. En nuestra casa convivimos cuatro generaciones: la abuela, nosotros, dos de nuestros cuatro hijos y dos nietos del nutrido grupo de estos que ya tenemos. Siendo nuestros hijos pequeños, iniciamos una relación con la Delegación de Misiones de nuestra diócesis y, pasado un tiempo, se nos llamó para formar parte del grupo de personas que trabajan en la misma. Desde entonces estamos “enganchados” en este quehacer misionero.

Hace ya más de 20 años que, de una u otra manera, somos miembros de esta familia. Comenzamos ayudando en tareas de secretaría, en ratos que podíamos por las tardes, hasta que el delegado de Misiones nos invitó a llevar a cabo la animación misionera en una zona de la provincia de Córdoba, en la sierra. Durante este tiempo, ya hace más de 15 años, viajamos, asistimos a encuentros (que preside el delegado de Misiones) con los delegados parroquiales de cada uno de los pueblos y otras personas que tienen inquietud misionera, visitamos sus casas, nos adentramos en sus problemas y somos “casi” unos de ellos.

Desde nuestra profesión, maestros de Educación Especial, hemos trabajado con niñas y niños con problemas, y hemos recibido más que dado. Nos han enseñado a ser amables, a no dar importancia a lo que realmente no la tiene, a responder con una sonrisa y a querer sin esperar nada a cambio.

Como padres, hemos tratado de inculcar a nuestros hijos la honestidad y el amor a los otros, el estilo de vida evangélico y, de manera especial, el compromiso que como cristianos deben tener con Jesús y, a través de Él, con los demás. Algunos de nuestros hijos y nuestros nietos nos acompañan en esta tarea misionera, con más o menos responsabilidad, dependiendo de la edad que tienen, pero siempre dispuestos a hacer lo que Jesús les encomiende.

Cuando, en alguna ocasión, nos han pedido como al apóstol Felipe: “Queremos ver a Jesús”, siempre hemos tenido la misma respuesta: mirad a nuestros misioneros, ellos son



los que mejor encarnan la manera de ser de Jesús, su opción preferencial. Y cuando vemos que nuestros hijos han tomado el mismo camino que nosotros, puede que, desde nuestra pobreza, también en nosotros hayan descubierto un pobre, pero auténtico, reflejo de la manera de ser de Jesús y de su opción por los más necesitados.

Hoy, damos gracias a Jesús por habernos puesto en el lugar que estamos, por “las familias” que tenemos, por los que nos rodean, por los momentos buenos y no tan buenos que se nos van presentando, por poder poner nuestro granito de arena para que otros le conozcan.

Juan Manuel López Márquez y Noli Baena Moreno. Córdoba